

Sergio Bagú: lúcido pensador latinoamericano del siglo XX¹

Norma de los Ríos

Resumen

Este artículo se propone en un primer momento proceder a una síntesis de las principales correlaciones explicativas que Sergio Bagú establece en *Catástrofe política y teoría social*, al analizar los procesos más significativos de este siglo: la guerra, el fascismo, el socialismo de la Unión Soviética y el capitalismo de Estados Unidos. Releva particularmente, desde el punto de vista histórico, ese potencial creador de la multitud anónima, que es, sin duda, uno de los aportes sustanciales del libro. Por último, procede a una recuperación en términos historiográficos de las principales líneas de análisis que se encuentran en el texto, insistiendo en la tónica crítica del autor en relación a la necesidad impostergable de "construir teoría", si queremos contribuir, en alguna medida, al desarrollo de las ciencias sociales, cuya mistificación y empobrecimiento no sólo disminuyen nuestra capacidad de análisis, sino comprometen nuestra posibilidad de acción.

Abstract

First of all, this article proposes a synthesis of the main correlating explanations of Sergio Bagú's *Catastrophe, Political and Social Theory*, in which he establishes and analyzes the most significant events of this Century: war, fascism, socialism under the Soviet Empire and the US capitalism. Bagú's approach stands particularly from the historic view, that is, an analysis of the great multitude, which is undoubtedly, one of the substantive contributions of his work. Finally, he brings back, in a historiographical way, the main arguments of the analysis, which are written in this text. Bagú believes the need to follow a critical analysis to build up a theoretical view of the world if we want to improve, in some way, the field of social sciences. He also feels that social sciences mystification and decline, not only have weakened our ability to analyze, but also have undermined our willingness to take action.

En su último libro, *Catástrofe política y teoría social*, Sergio Bagú sintetiza preocupaciones y problemáticas básicas de la reflexión histórica contemporánea a fin de milenio, y nos muestra desde las primeras líneas su intencionalidad historiográfica: "ubicar las catástrofes en un arco histórico y descubrirles un sentido".

Se trata pues de reconstruir y analizar las "catástrofes" o la cuota de "catástrofe" que han entrañado ciertos procesos históricos, en el contexto social que las explica, las posibilita y, con frecuencia, las precipita, para descubrirles

¹ Este artículo es una amplia reflexión sobre el contenido del último libro del pensador argentino, radicado en México, Sergio Bagú, que actualmente trabaja como profesor/investigador en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y cuyo título es *Catástrofe política y teoría social*, México, Siglo XXI Editores, 1997.

un sentido. Este esfuerzo de reconstrucción y de búsqueda explicativa se sigue inscribiendo en una lógica de racionalidad histórica, entendiendo por ella una pretensión de inteligibilidad, de afán explicativo y comprensivo de los procesos, estructuras y acontecimientos históricos y el establecimiento de nexos causales significativos. Descubrir un sentido incluso en la catástrofe, o mejor aún, sobretodo en ella, significa seguir buscando una explicación y un sentido a la historia.

Cuando el autor promete al lector que "al finalizar el recuento de las catástrofes se enciende una luz de esperanza: la capacidad creadora de la multitud anónima", se me vino al espíritu otra actitud de signo contrario, frente a esta actitud esperanzadora de Bagú, de fe en el hombre. Evoqué la del historiador alemán Meinecke, cuya obra *Die Deutsche Catastrophe*, resultado evidente de las terribles circunstancias históricas que le había tocado vivir en la Alemania de su tiempo, se inscribe, en cambio, en una visión desesperanzada y de renuncia a buscar un sentido a la historia. En él, el sentido de "catástrofe" aparece como renuncia a toda búsqueda de inteligibilidad y como una entrega al azar y una renuncia a la ciencia.

Del análisis de las catástrofes Bagú extrae, como dijimos, la conclusión alentadora de la capacidad creadora de la multitud anónima. Por otra parte, Bagú señala que, en el núcleo de las catástrofes políticas del siglo XX que se analizan en el libro, hay una construcción cultural en crisis, y ese término de construcción cultural está incluyendo los conceptos de estructura y de sistema. En esta perspectiva, la reconstrucción que nuestro autor hará de las catástrofes, bajo ese mismo espíritu de recuperación y de rescate que anima toda su obra, que no sólo es ético sino científico, tiende a demostrar la capacidad organizativa que dejan como "estela creadora" en este fin de milenio "el socialismo de la Unión Soviética, ese que se desintegró al contacto con el fin de siglo, y el capitalismo de Estados Unidos, esa realidad tan llena de oscuridades."

Desde su primer capítulo donde trata el fenómeno de la Guerra, advertimos la preocupación histórica de analizar el clima conceptual que en la Europa de la posguerra primero, y en Estados Unidos posteriormente –revivificado por la guerra de Corea–, dio pie a esa tesis pesimista de la guerra vista como la expresión "del incommovible instinto de autodestrucción que reside en lo más profundo de la personalidad humana"; declaratoria contundente con la cual podía eximirse el hombre de lanzarse al complicado trabajo de buscar y explicar las causas de guerras y catástrofes y de paso exonerar a los hombres, las sociedades y los sistemas que las promovieron o condujeron a ellas. Por lo tanto, nos dice Bagú,

Como el pensamiento científico siempre se nutre directa o indirectamente de la realidad social y psicológica que viven las comunidades en cuyo seno se

produce, no puede sorprendemos mucho que en la cultura occidental, inmediatamente después de esta etapa que estoy evocando, hayan surgido la sociobiología, por una parte, y las interpretaciones extremistas de esa postura teórica por otra (p. 6).

Como tampoco puede sorprendemos que años después, frente a la recuperación económica de Europa centro oriental y el poderío productivo de Estados Unidos y la consecuente elevación del nivel de vida en el mundo occidental, se produjera, a pesar de la Guerra Fría, un desplazamiento de la obsesión de catástrofe inmediata y un aprendizaje de convivencia pacífica en el paradójico contexto de la posibilidad de una guerra total. Permanente recordatorio de cómo son las propias condiciones históricas las que explican el clima conceptual y las elaboraciones teóricas que de él se derivan.

El objetivo de Bagú no es por supuesto el recuento pormenorizado de guerras y catástrofes, ni la constatación histórica de que la solución bélica ha sido recurrente en los conflictos entre comunidades desde tiempos inmemoriales; lo que nuestro autor propone es un ejercicio de reflexión, de "depuración conceptual" que justamente conduzca a "desechar interpretaciones generalizadoras cuyas raíces últimas están conectadas con antiguos prejuicios y lógicas, hoy fácilmente refutables." (p. 7). El señalamiento, en la vasta bibliografía existente sobre la guerra, de ciertas ausencias temáticas tales como la guerra y la paz en los países de América Latina después de la independencia, quiénes hicieron la guerra contra su voluntad, la actitud de la mujer en las mismas, etcétera, invalidan o restan valor a las conclusiones generales derivadas de los datos hasta ahora publicados.

La vinculación religión-ética-juricidad-guerra es igualmente analizada por Bagú desde su expresión en el núcleo filosófico judeo-cristiano que descansa sobre la idea sustancial de la identidad humana de todas las comunidades y sobre la norma de convivencia pacífica, hasta los avances mucho más lentos en términos de concreción de estos ideales y, fundamentalmente, los de una juricidad que reglamente los conflictos bélicos, que iría desde las aportaciones de Grocio (*Del derecho de la guerra y de la paz* 1625) hasta los más recientes instrumentos del derecho internacional que intentan "limitar los efectos colaterales de la actividad bélica" (Declaración de San Petesburgo 1868 –prohibición de proyectiles explosivos–, Conferencia de la Haya 1899 –prohibición de gases asfixiantes y balas expansivas–, Asamblea General de la ONU 1961 –resolución 1653 que condena el uso de armas nucleares–, Procesos de Nüremberg, Corte Internacional de la Haya, etcétera).

Bagú nos recuerda, sin embargo, que a pesar de estos avances en la reglamentación, antes y después de ellos ha habido significativos retrocesos en

las prácticas militares, particularmente en el terrible periodo que se inicia en 1936 con la Guerra Civil Española y que continúa con la Segunda Guerra Mundial.

Una de las propuestas más interesantes del capítulo es aquella que señala que la indiferencia por la temática bélica entre los autores latinoamericanos (fundamentalmente en el siglo XX), puede deberse "cuando menos en alta proporción a lo inusual del fenómeno como experiencia nacional", hipótesis que Bagú apoya en el recuento de los conflictos bélicos entre naciones latinoamericanas que, particularmente en nuestro siglo, resultan escasos. En este sentido, la experiencia latinoamericana en lo concerniente a las guerras vendría a invalidar cualquier intento generalizador que, desde una perspectiva occidental y eurocéntrica, pretendiera vincular el fenómeno de la guerra con una suerte de belicosidad intrínseca al ser humano.

Igualmente interesante es la reflexión acerca de lo que Bagú llama "la versión contemporánea de los mercenarios de las edades media y moderna en Europa", esa suerte de regímenes de contratación (particularmente en Estados Unidos) de jóvenes procedentes de grupos minoritarios y de capas sociales marginadas, que difícilmente logran empleo fuera de la profesión militar. Y, sobretodo, la puesta en duda y no sólo en entredicho de lo que se ha llamado la "adhesión popular espontánea" en las guerras contemporáneas, así como la denuncia de la orquestación psicológica como prólogo para la guerra, "tendiente a transformar al *exogrupo* en el verdadero agente provocador de una guerra no deseada". (p. 16).

Resulta obvio que "no existe ningún fatalismo histórico, ni biológico, ni psicológico para determinar la actitud belicista," (p. 17) y por supuesto, al rechazar toda explicación fatalista y determinista, el autor refrenda por esa vía la necesidad de recurrir a la historia para explicar los cambios sustanciales en las políticas pacifistas y belicistas "sobre arcos considerables de tiempo."

Uno de los propósitos de esta reflexión sobre la guerra, que ha comenzado con el rechazo de toda generalización simplificadora y ahistórica, es dar cuenta de los cambios registrados en la política belicista de instituciones y naciones, así como señalar los rasgos persistentes que en otros casos y condiciones históricas le permitan establecer ciertas correlaciones.

En sólo tres páginas de excelente análisis sobre la política estadounidense con relación al fenómeno de la guerra, Bagú nos muestra, por una parte, cómo ha sido Estados Unidos el único país que ha mantenido una línea expansiva desde su independencia (1776), cómo esta tendencia expansionista a lo largo de los siglos XIX y XX ha ido acompañada de una permanente actividad bélica señalando asimismo, que después de 1945, ha sido el único país capitalista, de primer plano, que ha mantenido su vocación belicista. Bagú rectifica también dos

conceptos difundidos sobre la vocación imperial de Estados Unidos a lo largo de su historia: el primero relativo a la idea de que la política expansiva estadounidense ha consistido principalmente en la penetración económica y no en la dominación militar; el segundo, referente al supuesto "aislacionismo" estadounidense, que evidentemente se aplicó en un tiempo y espacio determinados, en el período de entreguerras, y en el espacio europeo, pero que no incluía obviamente ni América ni el resto del mundo; "tendencia" relativa que obviamente se revierte en el período de Roosevelt, cuando la amenaza del fascismo obligaba a impedir su triunfo en territorio europeo, no sólo porque resultaba una grave amenaza para los intereses internacionales, sino también porque atentaba a la estabilidad misma del sistema nacional estadounidense.

En este esfuerzo de establecer correlaciones, Bagú constata la enorme dificultad de que de dichas correlaciones puedan derivarse conclusiones de orden general e insiste en la exigencia de lograr "el mayor rigor en la acumulación de los datos y en la lógica interpretativa", para nosotros, las dos tareas sustantivas de la ciencia histórica, y de hecho, de cualquier ciencia.

La primera de estas correlaciones que se puede comprobar históricamente es la existente entre guerra y expansión del sistema capitalista, pero "su formulación a manera de conclusiones generales exige mucha información histórica y contemporánea, así como una capacidad de construcción teórica muy desarrollada" (p. 22). De igual manera, si bien es cierto que la idea socialista se sustenta en una antigua tradición pacifista "vinculada en sus últimas raíces con comunidades religiosas que levantaron el principio de la coexistencia civilizada desde épocas muy tempranas [lo cual podría significar otra correlación socialismo-pacifismo] es evidente también que desde la guerra del 14-18 en adelante, la contienda misma y todo el proceso que la siguió matizaron mucho las opiniones a este respecto en los distintos campos en que se dividió la actitud socialista" (p. 23).

En suma, nos dice Bagú, en éste, como en todo intento de establecer correlaciones, el problema no podrá descifrarse en el terreno teórico hasta que no se dilucidan satisfactoriamente los conceptos de sistema y de tipos básicos de organización social.

Entre las varias correlaciones posibles que Bagú analiza, está la que se establece entre guerra y comercio de armas, sin embargo la evaluación cuantitativa de dicho fenómeno resulta muy difícil o casi imposible, dados los circuitos clandestinos agravados por la expansión del narcotráfico.

Igualmente interesante, pero necesitada de validación, sería la polémica entre el señalamiento [léase casi acusación racista] de la "vocación belicista" de los países subdesarrollados y alejados de la "civilización occidental" y la postura contraria que sostiene que es la presencia de los europeos en esos países y

sociedades –con la consecuente desestabilización de las estructuras sociales tradicionales– la que ha multiplicado los conflictos.

En este debate acerca de las correlaciones resulta particularmente sugerente el que intenta establecer la correlación entre la guerra y los regímenes autoritarios o democráticos. La aparente evidencia tautológica autoritarismo/mayor propensión a la guerra descansa, una vez más, en una simplificación conceptual de los términos, caracterización ingenua y por supuesto ahistórica de los regímenes políticos en estas dos categorías universales: democracia y autoritarismo.

Por el contrario, sí podría afirmarse la vocación pacifista de las poblaciones civiles, aun cuando dicha actitud pueda transformarse al estallar la actividad bélica y cuando los medios de comunicación han creado el clima favorable. "La xenofobia y el miedo han desencadenado en múltiples ocasiones furias colectivas sin cuartel" (p. 25).

Cuando Bagú señala que "los historiadores y los sociólogos han prestado muy poca atención al inframundo psíquico que opera en las multitudes que se ven envueltas en una contienda armada", añade un elemento fundamental a los ya señalados de carácter económico, político y social que una vez más, y sin decirlo expresamente, nos remite a una concepción metodológica de historia total.

Bagú se refiere también a una última y aterradora revisión del costo de la guerra en vidas humanas, pérdidas materiales e institucionales y sobretodo al costo real de los "novísimos sistemas bélicos", que no se mide sólo por la rápida obsolescencia del material sino también por los errores y fracasos tecnológicos que son muchos y muy costosos, sin hablar por supuesto de la terrorífica capacidad destructiva del armamento nuclear, aunada a la certeza de que una contienda de ese género significaría el fin de la civilización.

El capítulo se cierra con el planteamiento de dos interrogantes que constituyen temas de análisis obligados que la comunidad científica internacional tendrá que abordar: "¿Quiénes son los que deciden el destino de la humanidad, qué objetivos los impulsan y qué intereses los accionan? y ¿cómo y por qué puede ocurrir que un puñado de políticos, militares y empresarios... decida por sí mismo el porvenir inmediato de toda la humanidad? Y si se quiere llevar la paradoja al extremo de lo trágico y lo grotesco, lo decide en nombre de la democracia" (p. 31).

Fascismo

El capítulo dedicado al fascismo nos ilustra acerca del fenómeno, nos recuerda la caudalosa bibliografía en varios idiomas que se suscitó después de 1945, estimulada además por la apertura de los archivos documentales en los países participantes en la contienda, no sin señalar la temprana crítica que desde el inicio de los años treinta se perfila "desde la izquierda, particularmente bajo la

inspiración de los partidos comunistas... desde un perfil democrático socialista, así como desde la perspectiva cristiana." (p. 32).

Al señalamiento de los temas predominantes en la producción bibliográfica –análisis de los hechos, antecedentes históricos, análisis del sistema global e ideología, amén del acento puesto en el tema del nazismo alemán– sucede el de los vacíos o al menos de los espacios de análisis sobre los que queda mucho por descifrar, como sería el estudio "de los mecanismos institucionalizados y psicológicos que promovieron la adhesión –activa o pasiva– de una parte numéricamente considerable, aunque no mayoritaria, de la población global de Alemania e Italia" (p. 33).

Bagú procede a la caracterización de los elementos definitorios de los fascismos típicos: el italiano, el alemán y el español. Uno de ellos sería la finalidad "defensiva", definida desde su gestación, consistente en levantar una barrera contra el peligro [que para otros grupos sociales era claridad] proveniente del "Este". En realidad, la "onda expansiva" de transformaciones sociales se había iniciado en el siglo XIX, pero no cabe duda de que cobra mayor magnitud a partir de la Primera Guerra Mundial y es evidente que el triunfo socialista en la Unión Soviética,

cuya revolución nacional requería, para consolidarse [según el conocido pronóstico de sus fundadores], de movimientos revolucionarios de similar inspiración que tomaran el poder en varios países europeos occidentales cuyas líneas evolutivas se encontraban más avanzadas... acentuaba la gravedad de la amenaza que se proyectaba sobre situaciones nacionales realmente convulsionadas (p. 34).

El otro elemento definitorio de los fascismos es su permanente combate al "sindicalismo de clase obrera que había echado fuertes raíces en los tres países europeos y contra el cual la gran empresa privada no sabía cómo luchar." (*Ibidem*).

Estos elementos definen, entre otros, el verdadero carácter del sistema, por más que en el comienzo de su vida pública como movimientos, tanto el fascismo italiano como el nazismo alemán, hayan apelado al apoyo popular y levantado consignas anticapitalistas, aunque de manera confusa y diluida. Por otra parte, Bagú nos recuerda el apoyo frecuente cuando no sistemático de las grandes empresas cotizantes o subvencionadoras de los partidos fascistas.

El señalamiento de la debilidad conceptual de los fascismos, caracterizados como movimientos y no como filosofía, mucho más cerca de la "superchería" que de la reflexión científica, otro de los elementos de su caracterización, y el análisis del complejo fenómeno de la adhesión anónima, antes y después de la

toma del poder por los partidos fascistas, dan cuerpo a otros interesantes subtítulos. Refiriéndonos al problema de la adhesión anónima, habría que diferenciar de entrada entre la activa y militante y la pasiva simpatizante o resignada. Con toda la proporción guardada a momentos y circunstancias particulares, dos constataciones pueden generalizarse: el sector que aplaudió con mayor entusiasmo el advenimiento del fascismo fue predominantemente urbano, "más juvenil que perteneciente a edades maduras, más desocupado que permanente (o con ocupaciones más esporádicas que fijas), procedente de familias que en términos generales pueden ser denominadas de clase media de limitados recursos, con rudimentaria formación cultural y religiosa" (p. 38).

• Otra constatación generalizadora se refiere a que el nazismo, el fascismo y el falangismo prácticamente no penetraron en una amplia gama social constituida por "la clase obrera organizada, los numerosos militantes socialistas y comunistas, así como los miembros de otros partidos republicanos." (*Ibidem*). Amén de un señalamiento que el autor hace, en el sentido de que el factor religioso como tal no originó una definición claramente diferenciada entre adherentes y no adherentes.

Lejos de proceder a una generalización apresurada, Bagú señala que la correlación entre fascismo y capitalismo debe ser matizada según momentos y grupos que irían desde el rechazo de algunos, hasta la adhesión obligada de muchos, pasando por la complacencia y estupor de otros.

• Como dice nuestro autor, el estudio de los casos nacionales obliga a hacer más sutil el análisis, y una de las correlaciones podría ser aquella de que el fascismo prosperó más en países que, por varias razones históricas, se encontraban en un grado menos avanzado de desarrollo capitalista o se habían conformado como tales a través de procesos o de vías más tardías o mucho más espurias o híbridas de transformación y desarrollo capitalista. Por ejemplo, los casos de Alemania e Italia con procesos mucho más tardíos y desestabilizadores en el logro de su unidad nacional, en la conformación del Estado Nacional, la transformación más compleja y reciente de sus estructuras sociales, el peso económico y psicológico de la anterior derrota, etcétera.

• El caso de Francia, tan contradictorio, no deja también de inscribirse en las peculiaridades de su proceso nacional y regional [la revolución social más prestigiosa del mundo en un cuerpo social atravesado por grandes remanencias feudales]. Por una parte, la gran coalición antifascista que gana las elecciones parlamentarias de 1936, con el Frente Popular con León Blum a la cabeza (ilustre dirigente del socialismo de origen judío), por otra, el patético régimen de Vichy en la Francia inexplicablemente derrotada y vergonzantemente colaboracionista.

Otra de las modalidades del fascismo que le merecen a Bagú una reflexión especial, es la referente a la tendencia expansiva, particularmente del nazismo alemán "que constituye la columna vertebral de su programa internacional" (p. 41); tendencia cuyo sentido se comprende mejor si se la ubica en su contexto estructural, ella necesita y descansa en dos elementos irremplazables: "el consenso total interno y el dominio más allá de las fronteras nacionales" (p. 42). El primero se logra eliminando físicamente a los enemigos políticos y estableciendo un régimen de terror y de monopolio y control absoluto de la información. Por otra parte, el montaje de una economía de guerra "le permite absorber cierto porcentaje de la desocupación estructural y elevar discretamente el nivel de vida de la población." Mantener esto exigía una expansión duradera en territorio europeo, la política expansiva le suministraría no sólo materias primas y productos industriales, sino además, "mano de obra esclava".

Aquí radica para Bagú el resorte (hasta que la cuerda se rompa) de la política expansiva del nazismo alemán.

Los judíos y los gitanos hasta el momento de su exterminio físico, los prisioneros políticos alemanes, los prisioneros de guerra de otros países y parte de la población civil no combatiente de los países dominados suministraron mano de obra esclava en enormes cantidades. El mecanismo masivo descansaba sobre su propia estructura económica: la mano de obra esclava tuvo un costo de mantenimiento mínimo y su reproducción estaba asegurada, no por la vía generacional normal, sino por la dominación sucesiva de otros pueblos europeos a manos del ejército nazi. Su promedio de vida era muy bajo en esas condiciones, pero el ejército alemán aseguraba la renovación de contingente tras contingente de prisioneros esclavos (p. 44).

Obvio es, como señala Bagú, que un sistema tal, amén de su deleznable filiación ética, "no puede perdurar largo tiempo, porque resulta tremendamente costoso desde los ángulos económico y demográfico, y porque el mecanismo básico de aprovisionamiento de mano de obra esclava es un ejército nacional en permanente combate", que supone un costo de mantenimiento sumamente elevado.

Otras consideraciones importantes, que aquí sólo mencionaremos al pasar, ocupan a nuestro autor: las formas de organización del trabajo, que irían desde el corporativismo hasta la esclavitud anteriormente explicada, así como frecuentes errores en lo que aparecía como una dinámica organizativa eficiente y exitosa, preludiada y acompañada de los horrores más inimaginables del genocidio y la ocultación sistemática de la verdad más la destrucción de toda posible documentación incriminatoria. Un último señalamiento acerca del

mecanismo del terror como recurso para encubrir la realidad conflictiva de una sociedad, así como del efecto multiplicador de dicho mecanismo, concluyen el capítulo.

Hay una cuestión que me parece indispensable destacar por los signos sobrecogedores de su reavivación y por las desgarradoras lecciones de la historia en general, y muy particularmente en nuestro caso, de la historia latinoamericana. Me refiero a las fundamentaciones históricas y teóricas levantadas por el nazismo para justificar su tendencia expansiva.

La histórica se basa en una especie de repetición de los ciclos con actores diferentes: el Reino Unido y Estados Unidos se expandieron por el mundo como potencias dominantes en otras épocas; ahora esta función le corresponde a la Alemania nazi. La teórica aspira a ser la justificación de ese destino manifiesto: la raza aria está convocada por la historia para desempeñar la función de raza dominante porque reúne todas las virtudes que les están negadas a las otras razas (p. 43).

Inútil señalar las innumerables tragedias y catástrofes históricas que se han abatido y se abaten sobre el llamado "tercer mundo", en nombre de ciclos expansivos "civilizatorios", en nombre de "destinos manifiestos", de "pueblos elegidos" que se arrojan la responsabilidad del destino de la humanidad.

El socialismo en la URSS

Para Bagú, la celeridad y la profundidad de los cambios ocurridos en la Unión Soviética no se reducen a la debacle de 1989 sino que "constituyen la columna vertebral de toda la historia de la Unión Soviética a partir de 1917" (p. 48).

Una lúcida introducción sobre los teóricos de la revolución socialista basada en un profundo conocimiento de la obra de Marx y Engels, así como de Lenin, nos permite reafirmar ciertas verdades frecuentemente olvidadas, que no tienen por objeto fundamental hacer justicia a los clásicos o exonerarlos de los errores cometidos por el estalinismo, sino el refrendar la validez teórica de sus interpretaciones en el tiempo, lugar y perspectiva de análisis en que fueron elaboradas, la universalidad de muchos de sus planteamientos, así como el señalamiento de la miseria teórica del estalinismo y la reducción caricaturesca del marxismo al convertirlo de teoría crítica y método de análisis, en ideología de Estado. La recuperación de aciertos y valores de esta teoría crítica a la que procede nuestro autor conlleva siempre un claro sentido didáctico y es resultado de una aguda visión crítica.

En esa perspectiva crítica nos recuerda que en las obras de estos dos clásicos de la cultura europea del siglo XIX, "hay una construcción conceptual que descansa sólidamente sobre el conjunto del conocimiento que en Europa occidental se había desarrollado en lo que se refiere a las sociedades humanas y a su dinámica histórica." (p. 49). Igualmente nos recuerda que ni el proceso de transición ni el perfil organizativo fundamental de la futura sociedad socialista encontraron en sus páginas nada más que opiniones y esquemas sumamente imprecisos.

La constatación de que en muchas páginas de Marx se insiste en que las formas organizativas estarán siempre sujetas a evolucionar por vías de difícil pronóstico, así como una cita ilustrativa de Engels, extraída de una carta a Otto von Boenik (agosto de 1890) "La llamada sociedad socialista según creo, no es una cosa hecha de una vez y para siempre, sino que cabe considerarla como todos los regímenes históricos, una sociedad en constante cambio y transformación." (p. 50), refrenda la historicidad de todas las construcciones teóricas sujetas siempre a la permanente confrontación con la realidad y la negación de todo absoluto en la historia.

En el caso de las ideas leninistas acerca del etapismo —que se encuentran en *El Estado y la Revolución*— y el pronóstico de que sucediéndose las distintas etapas revolucionarias se llegaría a la desaparición del Estado y "a la consolidación progresiva de una suerte de confederación de comunidades populares en la ciudad y en el campo" (p. 51), si bien poseían una raigambre histórica nacional tanto en el *mir* campesino como en el *soviet*, dos expresiones de organización y prácticas democráticas que existían en la Rusia zarista, "no bastaba para que el pronóstico leninista se conciliara con la realidad histórica" (p. 53).

El agudo análisis de las formas sucesivas que fue tomando la implantación del socialismo en la Unión Soviética, así como el de los efectos y reacciones en los países de Europa occidental, constituye una reconstrucción sintética y, por ende, selectiva, tanto de los logros y esfuerzos como de las dificultades, errores y perversiones del régimen estalinista. Lo que todavía en la era leninista constituía el pronóstico central de que la revolución estallaría en otros países capitalistas y la confianza de que la revolución soviética habría de unirse fraternalmente con las otras revoluciones continentales, no pasó de ser una esperanza que el gobierno estalinista abandonó por completo.

El aporte principal que Bagú extrae de este análisis, tiene la finalidad de documentar, como él mismo señala, "un proceso cultural paralelo a la acelerada industrialización. Me refiero [dice] al anquilosamiento de las concepciones básicas acerca de la dinámica de las estructuras sociales y de la mente humana, que son los temas sustantivos de las ciencias de la personalidad y de la sociedad." (p. 57).

En la reconstrucción de este apasionado y dramático proceso que va desde el triunfo de la revolución socialista hasta el derrumbe de la Unión Soviética, Bagú no olvida nada esencial: desde los planes quinquenales, los daños de la autocracia, los diversos momentos y posturas en el condicionamiento internacional, los terribles episodios de la Segunda Guerra Mundial, la actitud no sólo vacilante sino cobarde de los gobiernos Daladier y Chamberlain frente a Hitler pretendiendo desviar la agresión de éste hacia la Unión Soviética, el cambio de la orientación de la política de los aliados bajo los gobiernos de Roosevelt y Churchill buscando la alianza de la URSS para detener el avance del fascismo. El mundo occidental olvida con frecuencia que fue la heroicidad del pueblo ruso la que en gran medida libró al continente europeo de la amenaza nazi. "El sitio de Leningrado, la batalla de Stalingrado y tantos otros episodios bélicos, fueron ganados por una multitud anónima con una sorprendente imaginación creadora." (p. 62).

En los temas referentes a la reconstrucción después de la posguerra y del desarrollo científico en la Unión Soviética, Bagú vuelve a insistir en ese eje que atraviesa todo su análisis y fundamenta su argumentación: la vertiginosidad y celeridad de los cambios en esta sociedad. En la magnitud del esfuerzo de reconstrucción material de la posguerra se puso de manifiesto una vez más "su capacidad para recorrer etapas sustantivas en plazos muy breves" (reconstrucción de ciudades, vías de comunicación, redes de transporte, reorganización de la planta industrial, modernización de la producción agropecuaria, etcétera).

Los extraordinarios avances en el desarrollo científico que sorprenderían al mundo con la puesta en órbita del primer satélite artificial en 1957, estaban respaldados en un amplio y muy eficaz sistema educacional. En el campo de los vuelos espaciales y en el de la energía atómica, la Unión Soviética "recorrió un enorme camino en un plazo excepcionalmente breve".

Sin restar mérito alguno a las proezas y al esfuerzo de los investigadores soviéticos de esos años, Bagú señala con su agudo sentido crítico y didáctico que "en el pensamiento científico las rutas se prolongan o se acortan según la capacidad de sintetizar los conocimientos ya adquiridos" (p. 65).

Una breve disertación sobre el problema de las nacionalidades —que fue considerado secundario y que nunca fue pensado con detenimiento ni por los fundadores de la teoría, ni por los dirigentes políticos— remite, según nuestro autor, a "conclusiones radicales acerca de la función decisiva que la ignorancia histórica y la limitación teórica pueden tener en la promoción de las catástrofes políticas" (p. 66).

Bagú hace una vívida caracterización de tres generaciones soviéticas de las cuales las dos primeras las podemos calificar de heroicas: la que hizo la revolución y la que derrotó al ejército alemán. Ambas contrastan agudamente con la que

vivió en condiciones de relativa bonanza material, laboral y educacional, pero en la proscripción de todo género de actividad política, lo que impedía el ejercicio crítico y el conocimiento de los problemas contemporáneos (p. 71).

Las páginas sobre las características más detalladas de estas tres generaciones así como sobre las consecuencias de la censura de la información, el ocultamiento de los problemas básicos, rematadas con el análisis de las consecuencias psicológicas, políticas y sociales de la catástrofe de Chernobyl (abril de 1986), anteceden a las reflexiones acerca de los procesos y capítulos deprimentes que se suceden unos a otros después del derrumbe. La entrada, sin intervalo, en una realidad totalmente diferente orquestada por los altos funcionarios del régimen comunista que "en un plazo no mayor de 24 horas" proliferaron por todo el país como voceros del capitalismo más desenfrenado.

De la superchería destinada a desplazar la reflexión científica se puede pasar con mucha facilidad a la superchería política y económica creando así un campo fértil para la proliferación de profetas de lo absurdo y lo arcaico con ropajes de políticos militantes, gobernantes modernistas y expertos internacionales en economía (*Ibidem*).

Entre esos resultados deprimentes que trajo consigo el derrumbe estaría, sin duda, lo que Bagú llama el "naufragio de la ciencia soviética". Si bien nuestro autor ha señalado ya la esclerosis o la escasa importancia de lo producido en el terreno de las ciencias sociales y de la personalidad, también ha insistido en los avances prodigiosos registrados en el campo de las llamadas ciencias duras. Al romperse la unidad nacional, el destino de la ciencia soviética fue decidido con la misma frivolidad y torpeza que otros asuntos fundamentales. Una gran proporción de los mejores centros de investigación en ciencias físico-matemáticas y naturales ha desaparecido y sus investigadores y sabios han emigrado a otros países. Bagú señala que "esta destrucción de una vasta infraestructura científica de primera categoría es sólo comparable, por su magnitud, a la emigración de pensadores e investigadores de laboratorio a consecuencia de la dominación nazi en varios países del continente europeo" (p. 75).

Una última consideración, que es por cierto la primera que norma no sólo este capítulo del socialismo sino todo el libro, tiene que ver por supuesto con las consecuencias del abandono de la reflexión teórica y de la creación en teoría social que conduce a Bagú a señalar que "la Unión Soviética sucumbió, no a consecuencia de una catástrofe económica, sino de una doble catástrofe política y cultural o, en otros términos, psicosocial" (p. 76).

Dos observaciones más: una que puede generalizarse, con los debidos matices, a muchos regímenes de signo diverso y que posee una palpitante

actualidad. Se trata de la corrupción política y administrativa y su relación con la concentración del poder (no sólo en el ámbito de la ex Unión Soviética, sino en muchos regímenes "democráticos en América Latina y otras latitudes").

La concentración de las decisiones en todos los niveles y todos los sectores va creando una dicotomía entre el poder hacer y el hacer real del individuo [y yo agregaría, de la colectividad] para quien la consigna de acatar se le presenta como mucho más imperiosa y segura que la tentación de imaginar. (*Ibidem*) [¡qué triste!].

La otra observación es la relativa a la carencia de "capacidad de análisis y aptitud de pronóstico" de la ciencia soviética, particularmente después de 1981, pero no sólo de ella sino en general del mundo occidental, en lo referente a la viabilidad del sistema soviético. Sorprende que ni las redes sofisticadas de los servicios de inteligencia (Estados Unidos, Reino Unido, Francia), ni las investigaciones documentadas y objetivas de los soviólogos, señalaran indicio alguno de la gran catástrofe política y del desmembramiento de la Unión Soviética que se encontraba ya en su propia antesala.

Considero que merece la pena cerrar esta síntesis analítica con las palabras del autor:

Apenas si una modesta reflexión puede cerrar el capítulo. Las sociedades humanas se vivifican, se estremecen o desaparecen por la acción de poderosos ríos subterráneos cuyo rumor no se percibe desde la superficie. Hay muchos instrumentos de medición dedicados a descubrirlos y algunos son eficaces. Hay, además, un vasto conocimiento histórico y cuadros teóricos muy inteligentes. Pero es obvio que la capacidad interpretativa necesita hoy de un instrumento teórico más amplio y más penetrante que el construido hasta ahora. Lo necesita por una necesidad cultural, pero también por un requisito de orden práctico.

La estela que la Unión Soviética deja a lo largo de toda su existencia en el siglo XX incluye la capacidad de recorrer etapas complejas del desarrollo económico, científico, tecnológico y educacional en plazos mucho más breves que el occidente capitalista, así como el extraordinario vigor que puede alcanzar la imaginación creadora cuando el móvil fundamental de la acción humana consiste en una meta de superación de la comunidad toda. Los graves daños que ocasionó la autocracia en ciertas etapas no pueden borrar de la memoria histórica las aportaciones creadoras en otras etapas (p. 79).

El capitalismo de Estados Unidos

El análisis de ciertos problemas del capitalismo estadounidense se basa en la evidencia obvia de que este país, siendo el más poderoso, constituye en gran parte el eje central del sistema capitalista mundial. Este coloso que arrastra un voluminoso déficit crónico en sus finanzas públicas compensa dicho déficit con los aportes provenientes de todos los continentes, por sus inversiones, sus patentes y su organización financiera. Bagú señala que "tal cúmulo de recursos naturales y económicos hace de Estados Unidos no sólo un caso absolutamente excepcional en el mundo contemporáneo sino en toda la historia de la población humana." (p. 80). Pero al mismo tiempo, este gigante mundial presenta en su interior las muestras de un deterioro social y de lacras patéticas. Entre los diversos indicadores que señala Bagú se encuentra el referente al alto índice de mortalidad infantil. En la teoría demográfica contemporánea, el significado social del índice de mortalidad infantil ha llevado a que una conocida demógrafa estadounidense, Christiane B. Hale, haya titulado su investigación *Infant mortality: an American tragedy*. Igualmente significativo es el dato que hace saber que se encuentran en situación de pobreza 16 millones de niños (*Children Defense Fund*, 1995).

Una realidad tan contradictoria como la de Estados Unidos nos coloca ante una disyuntiva teórica. Si el capitalismo engendra inevitablemente en el mundo una realidad rigurosamente dual —el centro y la periferia— ¿cómo ubicar conceptualmente a la realidad estadounidense contemporánea? El nivel del primer mundo capitalista tiene allí una presencia sobrecogedora, pero simultáneamente dentro de las fronteras nacionales el sombrío perfil del tercer mundo capitalista coexiste con el del primero en una dimensión multitudinaria (p. 83).

Nuestro autor continúa señalando que si estamos en presencia de un tipo organizativo intrínsecamente desequilibrante, cuyo objetivo es mantener a un porcentaje alto de la población dentro de límites rigurosos de ingresos que le obliguen a aceptar por su trabajo un pago apenas indispensable para su subsistencia, "¿cómo podemos juzgar su persistente y vociferante empeño por imponer a la humanidad toda su ejemplo organizativo, que incluye lo que en forma tan documentada ha sido calificado de trágico?" (*Ibidem*).

Otros de los problemas analizados que aquejan, cierto, a todas las sociedades contemporáneas aunque en diferentes magnitudes, son los relativos a la violencia, el delito y la droga. Delitos que oscilan desde el tradicional, asociado a los bajos fondos de una sociedad, pasando por las estafas bancarias y financieras de gran magnitud que alcanzan las capas más altas de la sociedad, hasta la

proliferación de bandas juveniles armadas, con la consecuente aprobación de una legislación eminentemente represiva y no preventiva. Esto último supone un retroceso en términos de juricidad con la que el Estado policial intenta frenar el altísimo costo de la violencia, que sin hablar del terrible costo social en vidas y desequilibrios mentales arroja, según cifras de un estudio patrocinado por el Departamento de Justicia y publicado por el *New York Times*, un costo económico de 450 millones de dólares al año. [¿Con qué nutrir a buena parte de la población mundial?].

Es evidente también que grupos muy importantes "por su número y su calidad cultural" buscan las raíces de estos males "en terrenos alejados de las procedencias étnicas" (p. 89). Esta verdad tan elemental para cualquier criminalista con buena formación teórica [y yo agregaría para cualquier ser humano con cierta formación social y ética], ha tenido que abrirse paso entre una antigua línea de pensamiento occidental preñada de arraigados prejuicios sociales y raciales. Los estudios científicos y bien documentados arrojan una clara conclusión: "Ninguna consecuencia de la concentración de la pobreza es tan destructiva como la proliferación del delito y la violencia" (citado p. 90).

Delito, mafia, violencia, prostitución y drogas se encuentran muy estrechamente vinculados en las sociedades capitalistas de este siglo, particularmente en Estados Unidos y en los últimos decenios. Lo único nuevo en esta relación diabólica es la colosal magnitud que han adquirido en los lustros más recientes, muy probablemente a consecuencia de la gran expansión en el consumo de drogas (*Ibidem*).

Cabe recordar que esto no es una epidemia reciente, sino una pandemia crónica de orden social. En el dramático capítulo de las drogas, es conveniente recordar, por una parte, que este consumo contemporáneo de drogas sí produce efectos degenerativos tanto por los niveles de consumo como por la toxicidad de los productos, amén del condicionamiento psicobiológico del consumidor. "Hay un cuadro de patología individual inserto en un cuadro mucho más amplio de patología social y cultural". El otro elemento que conviene enfatizar es aquél que señala quiénes son "los beneficiarios de lo canallesco". Aun cuando resulte difícil la evaluación estadística de la venta y el consumo de drogas en Estados Unidos, se sabe con certidumbre "que el ingreso de la droga ha permitido acumular fortunas colosales y que se desborda en el mercado nacional mediante la adquisición de casi todo lo que está en venta con altos precios: bancos, grandes empresas, hoteles de gran lujo, gobiernos municipales enteros" (p. 95). Si de fuente autorizada sabemos que el narcotráfico moviliza en Estados Unidos, a través del sistema financiero, alrededor de 100 mil millones de dólares al año

(Agencias EFE y ANSA desde Washington), entendemos por qué los gobiernos estadounidenses concentran sus esfuerzos en combatir las fuentes de la droga en los países latinoamericanos, sin lesionar a sus beneficiarios en su propio territorio.

Un paralelismo histórico entre los beneficiarios contemporáneos de lo canallesco y aquellos otros beneficiarios del canallesco sistema esclavista que Bagú, por cierto, retomará en los capítulos finales de su libro, lo lleva a plantear que, aun a riesgo de padecer utopía [padecimiento del que por cierto me siento tributaria], podemos aspirar a imaginarnos "que para que no surjan beneficiarios de lo canallesco será necesario, cuando menos, que en las sociedades humanas desaparezca lo canallesco como tentación diaria y multitudinaria" (p. 96), cuando nuestras poblaciones estén bien alimentadas, cuando hayamos desterrado la pobreza y sobre todo la pobreza extrema, cuando nuestros niños y jóvenes reciban amor, educación y cultura, cuando los valores sociales y éticos regresen al centro y no a la periferia de nuestras preocupaciones teóricas, sociales, culturales, estaremos caminando en el sendero de la eliminación de lo canallesco.

Intervalo histórico: el potencial creador de lo anónimo humano

Este capítulo (v) es sin duda el más gratificante y el más conmovedor. Los seis episodios dramáticos y extraordinarios que recorren la guerra civil española, la resistencia francesa, la resistencia de la población de Londres, la guerrilla yugoslava, el *gheto* de Varsovia y la batalla de Stalingrado, no llevan como intencionalidad primordial –lo que por cierto no carecería ni de sentido, ni de justicia– refrescar la memoria histórica acerca de la heroicidad de estas poblaciones, de estos miles y millones de mujeres y hombres que decidieron enfrentar las más terribles adversidades. El objetivo una vez más es de carácter teórico: es una recuperación en términos de explicación, de inteligibilidad, y yo agregaría también, de esperanza, de lo que Bagú llama, la capacidad creadora de la multitud anónima y de la genialidad con que se puede expresar en coyunturas dramáticas. Por ello, para Bagú el objetivo de esta reconstrucción no es sólo un acto de justicia sino también un intento de evaluación de un potencial humano (p. 97).

Intentar una síntesis de las ya sintéticas, selectivas y excelentes reconstrucciones que hace el autor de los seis episodios señalados, resultaría, en el mejor de los casos, una pretensión inútil. Por ello sólo me avocaré a destacar algunos rasgos de ese potencial creador que me resultan especialmente significativos, sin precisar necesariamente (aunque en algunos momentos resultará obvio) de cuál proceso se trata.

En cualquiera de los casos el desequilibrio entre las partes que se enfrentan es evidente, en muchos la ausencia de "jefes" hacía difícil elaborar una estrategia global, pero también en la mayoría nace prácticamente de la nada una aptitud para organizarse y actuar. Como bien dice Bagú, el heroísmo individual no basta para explicar el milagro. Otro elemento a señalar es cómo la capacidad organizativa de resistencia ante el agresor de una multitud anónima de procedencia social varía, que inventa estrategias defensivas a veces más eficientes que las de los mandos militares, se abre paso en medio de climas de escepticismo, de derrota, de angustia, de fatalidad, y en los momentos más álgidos, de desesperación y desesperanza. La aptitud de improvisar, de improvisar todo, de organizar planes de contingencia, redes de información, en condiciones de total o casi total aislamiento, sin hacer referencia siquiera a las condiciones infrahumanas de vida de algunas de estas heroicas poblaciones.

Es claro que en cada uno de estos casos hay análisis específicos que nos permiten caracterizar mejor la composición social, política, ideológica de estas multitudes, de precisar las situaciones específicas de cada uno de estos procesos de resistencia heroica. Pero el objetivo fundamental de esta reconstrucción que no sólo tiene "el objetivo de reparar olvidos y reclamar justicia en la memoria humana", consiste en transmitir una experiencia extraordinariamente rica en contenido para las ciencias de la personalidad y de la sociedad humanas, que son de gran importancia para nuestras comunidades actuales, no sólo porque "arrojan una luz de esperanza sobre la capacidad potencial de la criatura humana y su sociedad", sino porque vuelve a poner en el tapete de discusión y en el orden de prioridades científicas, la necesidad del análisis preciso de este apasionante tema de la multitud anónima como sujeto creador. Recordando añejas lecciones de viejos maestros, me parece importante recordar que las multitudes si bien son anónimas, no son impersonales, y que en este análisis de su "personalidad" histórica residiría, en gran medida, la explicación de su potencial creador.

Las ausencias o deficiencias temáticas y, por ende, bibliográficas, con relación a la función cumplida por éstos y tantos otros sectores anónimos en situaciones críticas, resulta en un déficit grave de observación y de valoración que tanto la sociología, como la llamada historia social y otras ciencias de la sociedad y de la personalidad humanas tendrían que compensar.

En la reconstrucción histórica queda, así, un capítulo inconcluso y para el análisis sociológico y psicológico se abandona un terreno extraordinariamente fértil con destino a la construcción teórica. Se trata de valorar la naturaleza y la trascendencia de una capacidad creadora que surge en la multitud anónima en coyunturas críticas y que puede tener proyección decisiva en el

curso de los acontecimientos humanos... en términos sociológicos, lo menos que debemos admitir es que la capacidad creadora de una comunidad humana tiene márgenes de expresión que exceden ampliamente todo lo que la teoría ha dicho hasta ahora acerca de los mecanismos colectivos de decisión en los procesos históricos. En términos psicológicos esto implica admitir el potencial expansivo de la personalidad hasta límites absolutamente insospechados en circunstancias normales (pp. 110-111).

Una precisión muy necesaria antes de cerrar la reflexión sobre este apasionante capítulo: al calificar de episodios estos heroicos sucesos, tal vez incurri en una ligereza terminológica que urge enmendar. Se trata por supuesto de procesos. Si por episódico entendemos "*événementielle*", fenómeno de superficie, aparential y descriptivo, o algo por el estilo, es innegable el empleo incorrecto del término. Si el término episódico nos remite a un suceso de carácter rápido o breve, a un mero incidente, resulta igualmente incorrecto. Ni los años de lucha en el muy cruel preámbulo de una catástrofe mayor que significó la guerra civil española, que tanto nos sigue doliendo, ni los años de lucha heroica de la resistencia francesa bajo el ignominioso régimen de Vichy y en un continente cercado por el agresor nazi, ni los heroicos años de resistencia de la guerrilla yugoslava frente a los más terribles ejércitos europeos de la época, ni por supuesto los tres increíbles meses de resistencia más que heroica de la población civil del *ghetto* de Varsovia oponiéndose al ejército más poderoso del mundo, ni la larga y penosa resistencia de la población de Londres bajo el fuego constante de los bombardeos y la destrucción sistemática de su ciudad, y menos aún el largo y doloroso sitio de Stalingrado y la resistencia heroica de su población, que cambiaron el curso de la guerra, culminando con la rendición el 2 de febrero de 1943, del considerado invencible ejército alemán, deteniendo la amenaza nazi; ninguno de estos procesos históricos extraordinarios puede ser calificado de episodio, en la acepción arriba señalada que por supuesto no es la única.

Teoría social. Construir teoría

Esta segunda parte del libro de Sergio Bagú, más corta pero igualmente sustantiva, no sólo recoge, reitera y sintetiza las propuestas teóricas y los señalamientos críticos que ha venido analizando a través de los capítulos antecedentes, sino que constituye un recordatorio necesario de los procesos de construcción de la teoría y una elaboración propositiva en torno a las relaciones entre las ciencias de la sociedad y de la personalidad.

Este recordatorio es al mismo tiempo un alegato en pro de la necesidad imperiosa de su cultivo y desarrollo en una sociedad y en un clima conceptual cuyos parámetros científicos dominantes han conducido a lo que podríamos llamar la proliferación de la catástrofe. Aquí, la construcción teórica se presenta como una ineludible función social, como una suerte de mecanismo social de "anticatástrofe".

Al recordamos, por una parte, que "a medida que se amplía el terreno que se conoce por la vía científica, se mejora la aptitud para descubrir e interpretar lo que aún se ignora y se comprende mejor la dinámica de la fracción que ya se conocía. Más aún, se amplía la visión de lo sustantivo, es decir, se agrega un capítulo, o siquiera un párrafo a la teoría." (p. 115), Bagú vuelve a sustentar una postura epistemológica de conocimiento progresivo y ampliado. Por otra, cuando nos recuerda que si bien la metodología de las ciencias sociales descansa en gran medida sobre la experiencia, pero que la actividad que se necesita para la construcción científica es necesariamente selectiva: "no es el agregado mecánico de la huella de lo vivido, sino la incorporación del resultado de un análisis inteligente de lo vivido en función de los objetivos básicos de la investigación" (*Ibidem*), vuelve a colocarse en una concepción historiográfica, de rechazo a todo positivismo o científicismo reduccionista, y a pronunciarse por una relación cognoscitiva que descansa en una capacidad interpretativa y crítica que no puede darse en ausencia de la teoría, entendida a su vez como resultado de una construcción histórica.

En esta necesidad de elaboración teórica, las ciencias de la sociedad y las ciencias de la personalidad tienen mucho que decir; entre ellas hay relaciones estrechas y por supuesto líneas de separación, pero ambas se enriquecen con los hallazgos de las otras y resulta obvio que entre ellas existe una profunda complementariedad.

En la misma línea de concepción progresiva del conocimiento antes señalada, y que "apunta al núcleo mismo de la creación científica", Bagú nos recuerda que en las ciencias de la sociedad humana, particularmente complejas porque el investigador forma parte de la realidad que investiga [lo que con frecuencia se ha levantado como un obstáculo epistemológico a la cientificidad de las mismas], "construir teoría es sintetizar lo que ya conocemos, pero además imaginar dinámicas básicas hasta entonces no sospechadas o apenas vagamente intuidas. La imaginación creadora está omnipresente en todo tipo de trabajo destinado a la ciencia. El empirismo absoluto no existe en la creación científica." (p. 116). No puede haber reflexión más clara ni toma de posición más definida en términos teóricos e historiográficos por parte de nuestro autor, posiciones que por supuesto suscribimos ampliamente.

En estas necesarias y fecundas reflexiones teórico-metodológicas que hace Bagú, la definición de la noción de estructura y la noción de sistema, concebidos por supuesto en su indiscutible historicidad, nos introduce al debate de la relación homogeneidad-heterogeneidad en nuestras sociedades, y a la constatación evidente de la inmensa gama de tipos organizativos, luego entonces, de la gran heterogeneidad de los sistemas y, por supuesto, de los macro procesos como el de la globalización.

Parecería evidente que después de la caída de la Unión Soviética el mundo es más homogéneo, pero al mismo tiempo resulta más heterogéneo que nunca. Lo que hoy llamamos globalización, nos dice el autor, "ha generado una humanidad que jamás en sus milenios de historia ha presentado un panorama tan extraordinariamente heterogéneo como en nuestros días. La posibilidad de superar esta contradicción básica consiste en reconocer que lo que se ha universalizado en los últimos años es un solo mecanismo distributivo de funciones básicas que genera desigualdades estridentes" (p. 117).

En qué medida nuestros instrumentos de análisis han sido insuficientes porque tienden a fragmentar la realidad o bien a reconstruirla como un todo inmóvil; en qué medida también una concepción de la ciencia que tiende a hacer descansar las certidumbres sobre la posibilidad de matematización de los procesos ha relegado elementos sustanciales de la realidad no reductibles a tales criterios cuantitativistas. Los valores culturales, los principios de convivencia, el universo emocional, la proyección social de la ética, "parecen alejados de la posibilidad de una expresión matemática y, sin embargo, constituyen una suerte de columna vertebral en las sociedades humanas, una invisible escala de valores sustantivos cuya ausencia total puede una organización social tolerar brevemente pero nunca incorporar como pauta organizativa permanente" (p. 118).

Esa reflexión sobre la capacidad creadora del ser humano, que es por cierto uno de los ejes fundamentales alrededor del cual gira el contenido del libro, no se aplica únicamente al ya señalado potencial creador, organizador, imaginativo de la multitud anónima en situaciones críticas. Esta misma capacidad creadora e imaginativa la está aplicando Bagú al proceso mismo de construcción de la teoría y lógicamente de redefinición de los valores científicos y no sólo al interior de las ciencias de la sociedad, aunque sí particularmente en ellas, sino extendida a la ciencia en general. Bagú nos dice que "la dosis de experiencia inmediata que la mentalidad creadora necesita para construir ciencia puede ser menor que la que le aporta su imaginación", lo que por cierto ilustra con los casos de Adam Smith y de Carlos Marx, toda proporción guardada a su genio creador que tampoco actuó en la total penumbra puesto que algunos rasgos básicos de las sociedades y los procesos que analizarían se encontraban ya presentes.

Esta reflexión conduce al autor a recordarnos que los grandes cambios en los procesos históricos tienen antiguas y profundas raíces, señalando también que desde tiempos lejanos las comunidades han tratado de preservar su memoria colectiva que ha actuado como dinámica de cohesión y de identidad comunitarias. Si bien el pensamiento sistemático sobre la comunidad humana es muy antiguo, nuestro autor señala que la gran transformación en las ciencias de la sociedad comienza a darse a lo largo de los siglos XV y XVI, estableciendo asimismo el paralelismo que existe entre el desarrollo del sistema capitalista y la diversificación de las especialidades sociales (p. 121).

Este paralelismo señalado permite a Bagú reflexionar sobre las condiciones de surgimiento de la teoría económica, la sociología, la antropología cultural o social, la demografía, la geografía humana. En la jerarquización de las especialidades sociales se advierte el claro predominio de la teoría económica como paradigma de razonamiento científico, particularmente a lo largo del siglo XX. De las dos virtudes que se le atribuyen para fundamentar su primacía paradigmática, la una estribaría en la posibilidad de su expresión matemática y la otra en la convicción de que "prácticamente por sí sola permite conocer la raíz de la convivencia civilizada y hasta el destino de la humanidad" (p. 123).

Me parece que de las dos virtudes que se le reconocen, la primera es presa aún de los criterios de cientificidad decimonónicos y positivistas; la otra, vinculada a varias corrientes historiográficas, descansa en la noción de que en la base estructural de las relaciones económico-sociales (de producción) se encuentra la posibilidad de una reconstrucción histórica en términos de totalidad. "La historia total no consiste en decir todo acerca de todo, sino en partir de aquello de lo que todo depende", Pierre Vilar decía más o menos en el texto de los setenta *Historia marxista, historia en construcción: ensayo de un diálogo con Althusser*.

Sin embargo, lo más grave del predominio del paradigma científico de la teoría económica no estriba, aunque resulta lamentable, en el relativo relajamiento o subordinación de las otras ciencias sociales y humanas a los criterios de cientificidad por ella esgrimidos; lo más grave es la derivación (yo me atrevería a decir más: la perversión) del aporte teórico al "ingenio técnico". El vuelco, como atinadamente lo llama Bagú, de la teoría a la técnica tiene una explicación histórica en el propio desarrollo del capitalismo. "Una ciencia que, después de ubicarse como paradigma de todas las ciencias sociales, va transformando su teoría en técnica de la productividad favorece todos los desvíos conceptuales, hasta los más disparatados" (*Ibidem*). Ciertamente es, como señala Bagú, que del núcleo mismo del pensamiento económico se han desprendido posturas críticas a estas desviaciones y se han buscado correctivos de todo tipo pasando por la ampliación de los equipos de investigación, introduciendo estudios sociológicos

(caso de la CEPAL durante la presidencia de Raúl Prebisch) o aumentando el número de científicos sociales (caso del Banco Mundial bajo Javel Burki). Especifica nuestro autor que nada de lo dicho debe interpretarse como una tendencia a invalidar a alguna de las ciencias de la sociedad humana, lo inaceptable, nos dice, "es cualquier concepto que condicione la validez de una disciplina científica a un solo método de análisis. Hoy por hoy, todo el conjunto de las ciencias de la sociedad admite un contexto de referencia de orden global" (p. 125).

Esta constatación de orden general nos lleva sin embargo a preguntarnos cómo concebir este contexto de referencia global que nos remite nuevamente a la necesidad de la elaboración teórica. Bagú responde por una doble vía: primero abogando por el regreso de la ética que "desde el despertar del capitalismo quedó separada de todo intento explicativo de lo social, [y] que debe regresar como elemento de valoración, pero también de explicación de lo social humano. La segunda vía, previa constatación de que no existe una fórmula que pueda encerrar toda la realidad del ser humano y su sociedad, es la propuesta de un esquema sustantivo, una suerte de principio organizativo básico, nunca omnicompreensivo, pero sí omnipresente (lo que le otorgaría un cierto grado de universalidad).

Al mismo tiempo que describe este esquema "que descansa sobre tres capacidades: la de producir, la de organizar y la de razonar, capacidades que a su vez descansan sobre una inseparable simultaneidad y un desarrollo complementario, pero el ritmo con el que se han ido desarrollando dichas capacidades ha derivado en enormes disparidades". Ciertamente nuestro conocimiento histórico y nuestra capacidad teórica "nos permiten reconstruir numerosos procesos del pasado y muchos del presente encuadrados dentro de este esquema tripartito", pero la realidad del ser humano dentro de la colectividad,

jamás se agota en esa trilogía. Mucho de lo que forma lo más sustantivo de la personalidad humana no está comprendido en estos tres escalones... ni el amor, ni la inspiración estética y el razonamiento científico antes de que se concreten en obras, ni los valores religiosos que se incorporan a la mente humana fuera de la práctica institucionalizada que llamamos religión (p. 127).

Considero que la aspiración metodológica en términos de una "historia total" (en la correcta comprensión del término, o en lo que podríamos llamar su definición conceptual amplia e historizada), subyace o está presente una vez más en los planteamientos teóricos del autor.

En su revisión sintética de las "infinitas reencarnaciones" (Cap. VII), Bagú nos recuerda dos procesos con finales catastróficos que son la guerra y el fascismo,

nos recuerda asimismo, que el socialismo en su versión soviética (o para ser más justos, estalinista) terminó en un descalabro organizativo generalizado y que el capitalismo, en varias de sus versiones, acumula los síntomas de otro naufragio histórico; pero también insiste en que ambos procesos dejan huellas constructivas en la historia de la experiencia social (p. 128).

Igualmente vuelve a señalar que si bien Estados Unidos es el primer beneficiario del sistema mundial imperante, también es altamente vulnerable ante los múltiples problemas que dicho sistema genera en todo el mundo. Una breve pero muy importante reflexión sobre el consumo –categoría que, como bien lo dice, “evoluciona según los tipos de organización global y su desarrollo cultural”– lo lleva no sólo a recordarnos los terribles efectos del consumo abusivo, sea en la destrucción del *habitat*, sea en la categoría de consumo nocivo (como es el comercio de armas) y de consumo degradante, en el que el *raiting* principal corresponde a la droga. En un marco de valoración integral de producción y consumo de una comunidad humana, resulta evidente el carácter deficitario y esquizofrénico del universo conceptual propio del sistema capitalista donde todos los valores tendrían que ser reevaluados. En la contabilidad global del sistema capitalista hay valores que no se catalogan como tales: el descanso, el amor, la captación de la belleza en lo humano y en lo natural, el proceso del pensamiento en la investigación científica..., el de la creación estética..., el de los valores religiosos..., todo el complejo e invisible universo de lo ético (p. 131).

Otro de los aspectos neurálgicos de la teoría parecería ser la opción entre lo individual y lo colectivo que aparentemente parece traducir la polémica capitalismo-socialismo que ha recorrido todo el siglo XX. Es obvio que no hay individualidad humana fuera de la comunidad. Una breve revisión histórica de esta dialéctica individualidad-colectividad conduce a Bagú a la reflexión, también histórica, sobre los conceptos de liberalismo, democracia, socialismo, anarquismo, deslindando las raíces y objetivos de estas concepciones, en particular las referentes al liberalismo y la democracia entre las cuales hay un parentesco estrecho (y en cierta medida un desarrollo paralelo) pero de ninguna manera una identidad.

Dichas reflexiones lo llevan a concluir que estos

tipos organizativos que conocemos como liberalismo, democracia, capitalismo, socialismo, han aparecido y reaparecido en el curso histórico múltiples veces y en múltiples contextos y coyunturas. Nunca sus modalidades se han reproducido totalmente, sino que son ciertas ideas sustantivas las que vuelven a surgir envueltas en coyunturas diversas. No es un eterno repetirse de la historia, sino que ciertos principios organizativos resurgen con formas diferentes (p. 136).

A su vez, esta reflexión conduce a disipar un error frecuente, producto de una simplificación y no exento de intencionalidad: el de que el liberalismo y la democracia nacieron paralelamente para sostener un tipo preciso de organización: la capitalista.

El capitalismo no nació para defender la libertad y la democracia y convivió en múltiples ocasiones y lugares con los más extremos regímenes opresivos, que muy a menudo se instalaron para defender a una forma de capitalismo que se sentía amenazada. Pero hay también tipos de capitalismo en el mundo contemporáneo que conviven con un régimen de amplias libertades civiles. El cuadro que puede hacerse es complejo porque la realidad lo es, pero sí hay una realidad reconocible: el capitalismo no es sinónimo de democracia ni de libertad de expresión (p. 137).

Una sintética reflexión epistemológica sobre la historia cierra el capítulo de las "infinitas reencarnaciones": el refrendo de algunas certezas como el rechazo de las visiones del eterno retorno o del ciclo permanente, la dificultad de la eterna aventura de predecir el futuro y, por supuesto, la convicción de que el conocimiento científico fundamental para el funcionamiento de la sociedad humana no incluye "la revelación de verdades absolutas ni eternamente válidas" (*Ibidem*).

Si podemos extraer ciertas propuestas historiográficas derivadas de las posiciones epistemológicas arriba enunciadas, irían en el sentido de: 1) que si bien la historia no se repite, lo que sí ocurre "es que hay ciertos valores sustantivos que se encuentran presentes en todas las formas organizativas pero, desde luego, en condiciones diferentes"; 2) que los procesos históricos generan nuevas estructuras que se van creando con el correr del tiempo y que esta nueva estructura supone la transformación "en un nuevo cuadro cualitativo o, para ser más precisos, es el resultado de un arco histórico" (p. 138). En suma, "en las cambiantes sociedades humanas hay ciertos esquemas relacionales básicos, no inmutables, pero sí persistentes ya que constituyen respuestas a sus necesidades básicas permanentes" (*Ibidem*).

Catástrofe

La síntesis final de Bagú referente a varios elementos de la "catástrofe" empieza recordándonos la ecuación básica de que una comunidad humana no puede consumir más de lo que produce a riesgo de crear profundos desequilibrios y conflictos. La relación producción/consumo ha experimentado los cambios más drásticos a lo largo de milenios y el comercio internacional y la dominación

colonial han introducido mecanismos compensatorios y altamente desequilibrantes a la vez.

Como ya se explicó anteriormente, el déficit financiero de los grandes se compensó con el ahorro, en forma de inversión especulativa, de los países en desarrollo, lo que pone de relieve "la naturaleza deficitaria de su sistema global". En la medida en que la dinámica de intercambio rebasa los límites equitativos se transforma en vía de explotación... [ya sabemos de quiénes y por quiénes].

Un primer elemento de la catástrofe está presente: si el núcleo directivo de esta humanidad, los siete grandes, no logran siquiera equilibrar su propio déficit interno, ¿qué fórmula curativa pueden ofrecer al resto del mundo? (p. 140).

Un segundo señalamiento va en el sentido de lo que Bagú llama el naufragio de los grandes, las potencias que han desbordado sus límites territoriales, trate-se de viejos imperios o de potencias expansivas. De 1940 a 1990, siete de los ocho países señalados por Bagú (España, Portugal, Francia, Reino Unido, Alemania, Italia y la Unión Soviética) han perdido irremediamente su zona de dominación directa, aunque conserven estrechas franjas distantes de sus metrópolis.

El único caso que queda en pie es el de Estados Unidos. ¿Qué puede significar esto? "¿Se trata de un proceso irreversible de acumulación del poder mundial del cual queda hoy un sobreviviente único, proceso cuya vigencia puede aún prolongarse durante muchos siglos, o bien estamos viviendo la etapa inmediatamente anterior al naufragio de la última potencia imperial de la historia? Si esto último fuera lo cierto, Estados Unidos representaría hoy el arcaísmo más extremo y, por eso mismo, menos viable en la incesante sucesión de tipos organizativos." (p. 141) [Al cerrar estas comillas, lo primero que yo le diría a Don Sergio sería una frase de mi abuela: "que tu boca sea de profeta"].

Atreviéndome a aventurar una respuesta que tiene mucho de deseo y algo de recurso dialéctico, pienso que la "irreversibilidad" de un proceso, en este caso, de acumulación de poder mundial, generando como genera las contradicciones más patéticas, conduciría algún día (ojalá no muy lejano) a la transformación cualitativa de este "tipo organizativo"; es decir, no veo por qué este "monstruo de múltiples reencarnaciones" deba quedar exento de su propia historicidad como tipo organizativo, si recordamos que en la historia lo único absoluto es el cambio.

Si a esta reflexión añadimos la referente al universo de los valores sociales y de la práctica política en la sociedad estadounidense, el panorama vuelve a ser desolador. Por ejemplo, el valor social asignado al trabajo en una sociedad donde una estrella del deporte gana en un mes lo que un científico destacado, que ha hecho aportaciones sustanciales a la ciencia, no gana ni en cinco o diez años, nos da un indicio (patético) del profundo desequilibrio en el sistema de valores.

Si a ello agregamos la dinámica de la práctica política transformada en gran espectáculo público y "movida por actores cuyo nivel intelectual se encuentra a enorme distancia de la magnitud de los problemas que deben resolver," y si sabemos que "la política en ese país no es una lucha de ideas sino el terreno de enfrentamiento de intereses empresariales colosales" (p.143), ¿qué podríamos esperar "de una actividad política que ha trasmutado por completo su sentido originario y se ha transformado en un apéndice teatralizado del mercado capitalista?" (*Ibidem*).

Una sugerente digresión sobre el tráfico de esclavos en el pasado y el narcotráfico en la época actual, para señalar a los beneficiarios de lo canallesco en la historia, permite a Bagú caracterizar a los sectores invadidos por el capital procedente del narcotráfico, la penetración de estas mafias en los organismos represivos en Estados Unidos (y en muchos otros países, incluyendo los latinoamericanos, en gobiernos municipales y nacionales) y preguntarse qué se puede esperar de estas nuevas generaciones de grandes capitalistas procedentes del narcotráfico, profundamente violentos e inmorales.

Anticatástrofe

La dialéctica catástrofe-anticatástrofe no persigue propósitos comparativos ni pronósticos a corto plazo, nos dice el autor, sino que se trata de un esfuerzo para "que el panorama global no resulte radicalmente distorsionado" (p. 146). El alto grado de visibilidad de las corrientes catastróficas que han sido analizadas no debe hacernos olvidar procesos paralelos de signo contrario que pueden asumir perfiles positivos (*Ibidem*).

Los antidotos de la catástrofe se encuentran también en el corazón del coloso capitalista (que ha sido analizado en su carácter de paradigma del sistema) y en todos los países del primer y tercer mundos. Uno de ellos sería para Bagú el extraordinario desarrollo del escalón superior educacional, la existencia de "una intelectualidad amplia, vigorosa y actualizada" de primer rango de la que se podría esperar fórmulas y vías anticatástrofe. En esa dirección son indudables las aportaciones en teoría económica y en teoría social, aunque no sean las que gocen de mayor defusión.

Otro de los "antidotos" consistiría en la proliferación de asociaciones voluntarias locales o de proyección nacional con variados objetivos, pero todas ellas vías de expresión popular. Este tipo de organizaciones, nos dice Bagú, constituirá un importante elemento en la polémica política y social.

De igual manera, los seis casos analizados en el capítulo referente a la capacidad creadora de la multitud anónima son aquí presentados como ejemplos históricos del potencial anticatástrofe que pueden desplegar los grupos huma-

nos. Si bien el único elemento común en esas multitudes heroicas y anónimas fue "la decisión de oponerse hasta la muerte al fascismo agresor" (p. 149), Bagú señala en todos los casos tres virtudes subyacentes en estas comunidades que surgieron justamente "para enfrentar el mal en su versión extrema": "una brillante capacidad intelectual que se manifiesta con una rapidez asombrosa, una extraordinaria aptitud organizativa, (y) una vena heroica". Es de toda evidencia que estos "seis episodios abren un sendero de interpretación muy fecundo en la historia de las comunidades humanas y agregan una dosis vigorosa de optimismo sobre su porvenir" (*Ibidem*), abriendo importantes vías de exploración a la ciencia, particularmente a las ciencias de la sociedad y de la personalidad humanas.

El apartado intitulado "Saber más, comprender mejor", significó para mí la reiteración de los ejes teóricos que atraviesan todo el libro y la confluencia de una actitud epistemológica, de una aspiración teórico-metodológica y de un enfoque historiográfico con los cuales me siento identificada en gran medida, o de los cuales me siento tributaria.

La constatación de que aquella actitud optimista con la que se cierra el siglo XIX contrasta significativamente con ésta que al cerrarse el XX nos invade de dudas e incertidumbres, "en este siglo en donde se dio la mayor distancia entre la moral política y el progreso técnico" (Fuentes citado por Bagú, p. 150), lleva a nuestro autor a recordar que parte de nuestras dudas de hoy se deben a la fragmentación del conocimiento y al margen de impotencia en la previsión del curso de los acontecimientos.

Al reiterar que si bien nuestro conocimiento de la realidad es hoy más completo, la realidad que intentamos conocer es más compleja, referencia epistemológica e historiográfica del carácter progresivo del conocimiento y de la complejidad creciente, Bagú enfatiza la exigencia ya expresada anteriormente de la más completa información y de la lógica más refinada de interpretación, como la condición *sine qua non* para comprender nuestras sociedades ("Saber más, comprender mejor") y, por ende, poder solucionar mejor los problemas actuales y tal vez poder prever en cierta medida los nuevos.

Esa capacidad de transformar la estructura organizativa de nuestras comunidades es justamente, para Bagú, uno de los atributos sustantivos del ser humano [lo que redefine el papel del sujeto en la historia]. De ahí la dificultad de la ciencia y la función social del científico que corre siempre detrás de una realidad que nunca deja de cambiar.

El conocimiento es un agente activo –conocimiento como actividad– en la dinámica global de cualquier sociedad humana, aspiración metodológica de historia total y al mismo tiempo referencia teórica de la realidad como totalidad. Al concluir Bagú que saber es actuar, por supuesto siempre que el saber se

comparta o se comuniquen, vuelve a pronunciarse implícitamente por el valor social de ese saber, es decir, el conocimiento objetivado y socializado.

Finaliza nuestro autor diciéndonos que para oponernos a la identificación de la sociedad humana como máquina productora de beneficios monetarios individuales, no sólo tenemos el estandarte de la utopía sino "lo mejor de la tradición científica, del pensamiento filosófico, de la creación artística y de la actitud ética, frutos todos ellos de las grandes culturas de todos los tiempos en todos los continentes" (pp. 151-152).

Los enormes problemas que enfrentan la ciencia y la ética en un mundo que se está transformando con rapidez vertiginosa en un sistema organizativo unificado de aterradoras desigualdades (la extrema pobreza y la extrema riqueza forman parte de un mismo sistema, integran una unidad, por más paradójico que parezca) remiten una vez más al carácter unificado de la ciencia, tratándose de cualquier actividad científica y de cualquier disciplina (*Ibidem*). Desde luego, como dice el autor,

siempre habrá interpretaciones diferentes de los mismos hechos y procesos, pero tanto el conocimiento fundamental como la metodología científica tienen algunos niveles universales admitidos. Aun esos niveles podrán cambiar, incluso radicalmente, con el correr de las generaciones, pero esos cambios deberán ser admisibles en cualquier parte del mundo. Hasta aquí llega la universalidad de la ciencia (p. 153).

Las últimas páginas del libro están inscritas, como las primeras, en una postura esperanzada de fe en el hombre y en un compromiso ético, social y científico de colaborar a la construcción de la teoría. Si la humanidad acaba de transitar con éxito "en el borde mismo de dos catástrofes potenciales de magnitud colosal... el fascismo y la guerra atómica", si después de un breve "paréntesis de reconstrucción material e industrial, inauguró la etapa de progreso económico más acelerada en la historia que, antes de entrar en el periodo recesivo que todavía se prolonga, produjo la revolución tecnológica más completa-entre todas las registradas." (p. 154), cómo no devolverle a la utopía su valor en el universo de la creación de ideas.

En algunas de las coyunturas analizadas aquí, el germen de la reconstrucción se produce por la gran movilización de recursos humanos y materiales para enfrentar el peligro; en otra, el sistema en crisis deja núcleos organizativos importantes. En todos los casos la humanidad ha podido y puede escalar nuevas alturas a partir de situaciones extremadamente críticas.

No debe haber ya reconstrucción consolidada si no se asienta sobre principios, programas y objetivos que se concilien ampliamente con las necesidades de las comunidades humanas y que respeten los valores esenciales del individuo. Una de las condiciones básicas deberá ser el respeto por el universo cultural y una ancha vía de desarrollo en las ciencias de la personalidad y de la sociedad humanas. Ineludible objetivo es alcanzar un nivel social de bienestar y justicia para las grandes masas humanas que permita decir que la utopía puede alguna vez transformarse en realidad (p. 155).

Consideraciones finales

Después de la lectura y la relectura del libro queda claramente manifiesta la profunda unidad que posee. El título *Catástrofe política y teoría social* no hace sino enlazar dos aspectos fundamentales de la reflexión histórica: es decir, remite a un vínculo explicativo de la realidad delimitando la "catástrofe" como el ámbito del análisis para cuya reconstrucción no se acude a un recuento descriptivo de las mismas, sino a su búsqueda explicativa en la propia realidad histórica, caracterizando los procesos, definiendo los tipos organizativos, intentando establecer correlaciones que puedan generalizarse.

El otro eje central del análisis denuncia los mecanismos deficitarios de la teoría social, la debilidad teórica que acompaña algunas veces (¿o siempre?) el surgimiento de los procesos que podemos calificar de catástrofes o la perversión, en otros casos, del caudal enriquecedor de la teoría, por un proceso reduccionista y dogmático en cualquiera de las expresiones de los tipos organizativos o sistemas analizados por el autor. Es claro que me estoy refiriendo, en el primer caso, a los dos primeros analizados, la guerra y el fascismo, con la debilidad de sus argumentos explicativos; y, en el segundo, a los dos últimos: el socialismo de la Unión Soviética, y muy particularmente al estalinismo, y al capitalismo en su versión predominante y perversa, el de Estados Unidos, versión presentada y orquestada como la única expresión posible de racionalidad humana.

Es por ello que nos ha dicho Bagú que en todos los casos analizados hay una construcción cultural en crisis. Éste, que es uno de los ejes de su análisis, no se limita a señalar las carencias teóricas y metodológicas en las ciencias de la sociedad y de la personalidad como fuentes privilegiadas del conocimiento de lo social, abogando justamente por su cultivo y desarrollo, sino que basándose en la reconstrucción histórica de los fenómenos o de los procesos que han derivado o pueden derivar en catástrofes, señala en cada caso las razones y manifestaciones de ese divorcio entre los procesos reales y la penuria de la interpretación científica de los mismos, consecuencia, en gran medida, del abandono de la reflexión y la creación en teoría social.

Por ello el libro constituye, como hemos señalado, una lúcida y fundamentada defensa de las ciencias de la sociedad y de la personalidad, de cuya ignorancia o relegación en la jerarquización científica por los sistemas de poder, se aniquila o se empobrece considerablemente la capacidad no sólo explicativa sino transformadora de la realidad social. Bagú concluye que la capacidad interpretativa necesita hoy de un instrumento teórico más amplio y penetrante que el construido hasta ahora. En este sentido, el libro de Don Sergio significa sin duda una contribución muy importante.

La reflexión sobre las catástrofes ocurridas en este siglo XX y sobre aquellos sucesos históricos que son portadores de esperanza e ilustran la capacidad creadora de la multitud anónima, conduce a nuestro autor a señalar por una parte, la cuota de catástrofe que entraña este tipo organizativo que es el sistema capitalista, predominante y "único en pie" a fin de milenio y, por la otra, la recuperación de los elementos y del potencial anticatástrofe que ya se manifiestan y pueden avizorarse en nuestras sociedades contemporáneas, lo que viene a refrendar la actitud esperanzadora que permea todo el libro.

Quisiera hacer una última y muy personal consideración. Tal vez Don Sergio en su gran modestia no me agradezca la comparación inicial con Meinecke, de la que Don Sergio sale triunfante. Tal vez la considere injusta. Me diría, sin duda, que él no fue barrido de su cátedra por la brutal represión nazi. Ciertamente, pero fue parte de los profesores renunciando del 66 en el periodo Onganía y sus frecuentes "invitaciones-exilio", de la última de las cuales nos hemos beneficiado nosotros como mexicanos y como universitarios, han estado también marcadas por los huracanes sociales, por las catástrofes políticas latinoamericanas.

Pero Don Sergio continuaría diciéndome: "Nosotros –pues siempre habla pensando en Clari– vivimos con mucha intensidad el acontecer latinoamericano y mundial, estuvimos siempre cerca, pero nunca estuvimos en el centro de la catástrofe". Y tal vez es cierto "a medias", no estuvieron en el centro, pero sí en el corazón de la catástrofe. La siguieron con la sensibilidad y la inteligencia que pedía Marc Bloch para nuestra(s) disciplina(s), con la tenacidad de quien quiere encontrar en la historia de nuestras sociedades –aun en las etapas aparentemente más irracionales, esas que preludian y acompañan las catástrofes– la explicación que permita comprender esos procesos y en la medida de lo posible aprender de ellos. Aquí, el sentido de aprendizaje no implica ingenua o mágicamente conjurar el fantasma de su repetición... pues las condiciones históricas nunca serán las mismas. Implica una lectura histórica que le devuelva a la realidad su sentido aun en medio de la patética irracionalidad de la catástrofe... Implica no abandonar nunca, ni a los 20, ni a los 50, ni a los 87 años, la búsqueda explicativa, el afán comprensivo, la capacidad interpretativa

y sobre todo la función ético-social que exige nuestro oficio y requiere nuestra sociedad.

Y significa sobre todo, como dice el propio Don Sergio, "regresar a esa vieja utopía según la cual el ser humano no es un monstruo que sólo vive para autoinmolarse y que, por el contrario, es capaz de alimentarse de lo justo y de lo bello." Esa es la aspiración que cobija este libro y ese el significado nutriente y gratificante de su lectura.